

U

Usted, ¿qué haría?

Si la tecnología le jugó en contra

¿Cómo actuaría si envía un mail y termina en la casilla de su jefe, la única persona que no debía leerlo? ¿Apelaría a la sinceridad, a la ironía o patearía la pelota afuera?

Inmediatez, simultaneidad y conectividad. Tres ventajas que ganó la comunicación, gracias a los aportes tecnológicos de los últimos años. Sin embargo, hay momentos en los que estas conquistas se vuelven contra el hombre y producen efectos no deseados. Como en la siguiente situación: un ejecutivo acaba de tener una fuerte discusión con su jefe. Para descargar su furia, le escribe un *mail* a un compañero inspirándose en los adjetivos más vulgares y denigrantes para describir lo sucedido. Cuando, por fin, levanta la vista del teclado, mira la dirección a la que lo envió: la de su superior.

Este evento desafortunado suele ocurrirle a aquellos que, ante la imposibilidad de reprimir sus sentimientos, prefieren descargar su bagaje emocional en otras personas. Entre tanta pasión, el razonamiento del emisor se ve ofuscado y, en el apuro por comunicar lo sucedido, comete los descuidos más insólitos, ridículos e inoportunos.

“Por eso, este tipo de cosas no deben mandarse por *mail*. Con la tecnología, uno puede meterse en líos”, advierte Andrés Hatum, profesor del Área de Comportamiento Humano del IAE. Aunque reconoce que la situación es muy difícil de revertir, Hatum iría de frente. “Me presentaría lo antes posible en la oficina de mi jefe y le diría que, si bien el *mail* fue una equivocación, dice todo lo que pienso de él. Hablaría las cosas e intentaría retomar la confianza que, en este caso, está en riesgo”, relata el especialista. Pero, ¿cuántas chances hay de que, después de semejante desplante, un jefe afectado por tales comentarios olvide todo lo ocurrido? Pocas. Por eso, Hatum tendría preparada otra carta bajo la manga: la de renuncia. “También, llevaría un guardaespaldas. Por si acaso”, agrega el consultor.

Hay otros que acudirían a la ironía para revertir la situación. Jorge Fernández Belda, socio de la división Change

Management de CB & Asociados, adhiere a ese club. Con mucha tranquilidad, le haría acordar a su jefe del último curso de “Estilos Personales”, al que tanto insistió que asistiera. “De acuerdo con los resultados de tanto *test* que me hicieron, soy una persona extrovertida, sanguínea, medio explosiva y visceral”, explica. Además de haberle mostrado el reporte con los resultados oficiales, Belda reforzaría con la realidad todo lo aprendido. “Si le cayó mal, le pediría disculpas, sin dejar de lado lo que también me dijeron en el curso: ‘Uno es como es; no trates de cambiar pero sí de flexibilizar’”, agrega el experto en *management*. Con esa promesa, la de flexibilizar, cerraría la situación.

Pero no todos cuentan con la misma creatividad. Hay quienes prefieren patear la pelota afuera y echarle la culpa a otro colega. “En realidad, le estaba dictando el *mail* a mi compañero. Él es quien piensa todas esas cosas sobre mi jefe y no yo. Lo mandaría al frente. Otra no me queda. Y, si mi jefe no me cree, entonces, haría todo lo posible para que lo echen, así yo me puedo quedar con su puesto”, desafía Martín Cabrales, vicepresidente de la cadena Cabrales.

Como hasta los más conocedores del rubro tecnológico pueden caer en tal desgracia, Diego Balbo, gerente de Marketing de EXO, explica qué le diría a su jefe: “Acabo de mandarle un *mail* con todo lo que sentí en nuestra discusión. Ahora, más calmado, reflexioné sobre lo escrito y me di cuenta de que me excedí”. Si, después de pedirle sus “más sinceras disculpas”, su jefe atinara escribir el telegrama de despido, Balbo intentaría disuadirlo con unas últimas palabras: “¡Feliz día de los Inocentes! ¿Qué? ¿No es hoy?”.

Existen tantas formas de manejar un revés tecnológico como personas en este mundo. Usted, ¿qué haría?

■ Camila Fronzo.

